

## LA TRADUCCION COMO PUENTE: PROYECTOS Y PRACTICAS

Rafael Vargas  
*Biblioteca de México*

**M**ás que como una obra de ingeniería (“una construcción hecha para pasar de una orilla o de un lado a otro”), como sugiere el título de esta mesa, veo la traducción como un proceso de transmutación: un poema es vertido a otro idioma y, aunque podemos decir que sigue siendo el mismo, también es válido decir que se ha convertido en otra cosa. Eso es lo que tenía en mente al buscar un título para la selección de poemas de Charles Simic que acababa de salir de la imprenta, y a la cual debo el honor de estar aquí: *El sueño del alquimista*. El título es un verso del propio Simic, extraído de un poema que no se refiere a la traducción, pero sirve muy bien para indicar ese carácter de alquimia verbal que le es propio. *El sueño del alquimista*, en este caso, es el de realizar la transmutación de los poemas en inglés de Simic, a los poemas que él mismo habría escrito en español si conociera el idioma. No sé, en realidad, con qué fortuna lo habré logrado (espero, desde luego, no haber transmutado el oro en plomo), pero sé, como menciono en la nota introductoria a ese libro, que la gran poesía salva cualquier escollo; es casi imposible desvirtuar un metal precioso.

Comencé a traducir los poemas de Simic por puro placer: desde el primer instante su poesía me pareció absolutamente original, y muy singular en el ámbito de la poesía norteamericana, si bien notablemente emparentada con la poesía de Europa Central, por la cual debo confesar especial preferencia. Cuando me enteré de algunos datos de su biografía tal parentesco se hizo enteramente comprensible, y ahora que he leído también un buen número de las traducciones que Simic ha hecho — pues la traducción es parte importante de su obra — estoy convencido de que pertenece a esa misma familia. Simic es un europeo en la piel de un norteamericano, y creo que en buena parte de sus poemas se advierte su carácter de emigrado: los recuerdos de la guerra, la

pobreza, el hambre, la cauda de habitaciones oscuras y pequeñas, la presencia constante de la muerte como una figura familiar, casi humana, rara vez se hacen presentes en otros poetas norteamericanos, pese a que los Estados Unidos han estado involucrados en las dos Guerras Mundiales. Ese es uno de los rasgos más profundos de la poesía de Simic, sobre todo en sus primeros libros, en los que hay una poderosa descarga de la memoria.

Así, fui traduciendo, poema tras poema, con la sola intención de comprender mejor lo que leía, es decir, para ver qué resonancia tenían las olas de Simic en el caracol del español. Por entonces no existía el propósito de editar un libro, y mis versiones eran más bien una especie de tarea privada. Un buen día me di cuenta de que había traducido casi un centenar de poemas, y a partir de ese momento consideré la posibilidad de conformar un conjunto que tuviese un sentido más o menos antológico. El libro se armó así.

Lo que quizás sea interesante considerar aquí de esa experiencia es por qué se torna en un trabajo de traducción ese sentimiento de empatía que nace de la lectura de un poeta de otra lengua.

Es obvio que, cuando se encuentra una obra que suscita una admiración inmediata y perdurable, se establece un vínculo de identificación. Si se trata de algo escrito en nuestro mismo idioma nos veremos adoptando casi inconscientemente sus giros o su forma de puntuar (digo casi porque no se trata de un mecanismo realmente inconsciente: nuestra imaginación adopta algo mediante un proceso de discriminación, si bien lo que no sabemos es por qué adopta, en el caso de un estilo que nos causa admiración, ciertos rasgos y no otros). Esa es nuestra manera de hacerlo nuestro, por imitación. Ahora bien, si se trata de algo escrito en otra lengua, ese deseo de apropiación nos conducirá a esa otra suerte de imitación que consiste en traducirlo. Creo que en el caso de la poesía, a diferencia de la prosa, no se puede traducir salvo aquello que se ama: esa página escrita en otro idioma, yo la quiero en el mío, con mis palabras. (Dicho sea entre paréntesis, creo que eso es lo que nos hace sentir mal cuando encontramos que alguien más está traduciendo a nuestro autor.) Lo curioso es que esa identificación, o admiración, o amor, no nace de una similitud biográfica sino de una manera de usar la lengua — aunque se trate de un idioma ajeno. Se trata, desde mi punto de vista, de una cuestión de identificación moral. Traducir de esta forma es suscribir una serie de juicios sobre el mundo, una cosmogonía; y es también formular una declaración de principios: ésta es la manera en que quiero que se digan las cosas — no sólo lo que se traduce, sino la enunciación de las cosas en general. Digamos que, como lo ha señalado antes Octavio Paz, esto es lo que lleva, por encima de las nacionalidades y los idiomas, a la conformación de estilos y tendencias (“Donne está más cerca de Quevedo que de Wordsworth”), y a la renovación de las formas.

Idealmente, quien tiene conocimientos de un segundo idioma, debería ser capaz de traducir al suyo cualquier cosa escrita en aquel. Desde luego, en el caso de la poesía, hay una serie de problemas que contradicen ese supuesto. Creo que

además del oído y del vocabulario, hay que contar con ese elemento de simpatía que permite calzar con comodidad los zapatos ajenos.

Desde el principio, Simic me gustó enormemente no sólo por su sencilla elegancia — sus poemas son generalmente muy transparentes, con un tono casi coloquial, de modo que la principal dificultad al traducirlo es conservar su economía de medios — sino por la conciencia de su propuesta poética. Recuerdo que, para expresarla, empleaba (parafraseándolo) un verso de las Hojas de hierba, de Whitman: “un poema tiene que ser válido para todas las personas, en todas las épocas y en todas partes del mundo.” Yo no sabría estar en desacuerdo con ella.